

Elisa, alumna de otros tiempos

BENJAMIN CHARRO MORAN

He encontrado un recuerdo extraviado entre el absurdo de los cuentos. Sí, Elisa, amiga, alumna en aquel país de nunca jamás que hace ya algunos años compartimos.

Hace ya tiempo que desembarqué en esta mi tierra procedente de otro lugar no menos acostumbrada a inventarse historias, sueños y cuentos para la supervivencia. Sí, llegué de la tierra del Quijote, de ese iluminado aventurero que se acostumbró a jugar con su propia fantasía para hacerla su “modus vivendi”.

Son ya más de veinte años y parece que fue ayer desde que amarré la barca de mi ilusión en busca de una mejor y mayor calidad educativa en el puerto de una emblemática escuela de esta ciudad. Escuela que recientemente ha sufrido una radical transformación que la ha colocado, una vez más, como referente para toda la provincia. Hoy no la reconocerías. Escuela de múltiples nombres, escuela de multitud de zamoranos, que nunca tuvo dueños porque siempre tuvo la mirada puesta en la modernidad.

En Zamora se la conoce como “Escuelas Anejas”, “Aneja”, “Normal”, “San Fernando-La Concha”, “San José de Calasanz”.... Simplemente: ESCUELA, porque a una escuela no la hacen los nombres, sino los hombres y mujeres que en ella han dejado partes de sus vidas. Hombres y mujeres que ayer fueron niños aplicados y aferrados a una esperanza. Niños y niñas que como Elisa Miguel, aquella pequeña con raíces en El Perdigón ya sabía bien lo que quería ser de mayor que es algo que todos los maestros hemos preguntado alguna vez en cada uno de los cursos a sabiendas que, hasta el mismo maestro/a, sólo quiere ser niño/a.

Aquellos niños de ayer hoy copan puestos importantes en nuestra sociedad y de ello me siento orgulloso no, por mis méritos, sino por los suyos, por ir poniendo color día a día a aquel proyecto que un día soñaron de niños. Hoy me cruzo, seguro, cada día con muchos de ellos y me han de perdonar porque no les reconozca. El tiempo pasa y desfigura las imágenes, que no los corazones ni los sentimientos que un día alimentaron es sus escuelas y en sus casas.

El cincel de la escuela dio forma a sus confundidos deseos. Perfiló a estos hombres y mujeres que hoy nos recuerdan con cariño. Hombres y mujeres que guardo en mi memoria junto a la caja de mi propia infancia. Alumnos del ayer que hoy, como Elisa, se han asido a una pluma como instrumento de persistencia. La misma de ayer niña siempre pegada a una enorme y amplia sonrisa en una cara redonda, pelo recortado y ojos grandes de azabache que hoy ve

cumplido sus deseos de escribir. Me alegra que recuerde cómo lo hice yo un día de ella en las páginas de este mismo diario.

Hoy veo a mis alumnos de ayer haciendo sus primeros pinitos en la política e indagando en las páginas más viejas de nuestra historia como lo hace aquel sobrino del que un día fuera el cura de mi pueblo, Pompilio, aquel niño en lucha con sus gafas. Sí, Fernando Bragado y otros como Eva, Marisa, agente de la autoridad,... y.... ¡tantos!

Niños y niñas de toda una generación en los que siempre confié y de los que esperé que un día fueran hombres y mujeres “de provecho” (como se suele decir). Sé que lo son por su capacidad crítica, por su esfuerzo y, en definitiva, porque están imbuidos de buenos principios y mejor corazón. Niños y niñas que estoy seguro, que como ayer, continúan como así siempre me empeñé que fuese aprendiendo a jugar con las palabras, con su fantasía, con sus sueños y con los versos que va marcando el día a día. Ya he comprobado que Elisa así lo hace, que aprendió bien la lección de jugar a las palabras, con las palabras y con sus propios sueños de niña. La verdad es que, mi buen amigo Donaciano, su profesor, habrá sido un buen maestro en esto del periodismo.

Gracias por recordarme y por las palabras que me dedicabas en el ZA-49 anterior, tan sólo porque un día jugamos juntos a palabras y cuentos, a inventar “gatopatos” o a hacer rimas absurdas. Hoy compruebo que también el absurdo es didáctica para los niños y que no fueron en vano aquellos absurdos que nos sirvieron para discernir sentimientos y emocionarnos juntos. Fuisteis vosotros, los niños, quienes decidisteis ser felices y ser lo que sois. Yo sólo fui, soy, un inventor de cuentos, fantasías, sueños y sorpresas. Un intermediario más junto a vuestros padres, amigos,... ¡Nada más!

Elisa, ahora que ya sabes bien la técnica, espero que seas tú quien me cuente cuentos Esos que seguro de los que Donaciano te habrá enseñado la estrategia. Tú sabes bien cómo se modelan palabras y cómo la uva se convierte en vino. No en vano procedes de tierra del vino, donde de lo inerte, de lo muerto, el vino, fluye más dinámica la conversación, las palabras y leyendas que se inventan como un día lo hacíamos nosotros con aquellos cuentos absurdos que hoy parecen más verdad.

Niña de cuento, de alma ejemplar que hoy recuerdo con agrado, como a tu hermano, siempre tan aplicado. Te deseo lo mejor. Un abrazo, amiga. Porque veinte años no es nada y aún continúo recordando aquella mirada transparente dibujando personajes imaginados que quedaron fijos para siempre en nuestra mente.